

rada torcida y rencorosa, calóse con mano trémula el sombrero, cogió el paraguas, arregló, ó más bien, desarregló la capa sobre los hombros, y salió por el corredor como un cohete, arrastrando la espuela y con una pernera del pantalón encogida sobre la pantorrilla. En cuanto llegó á la escalera cerré yo la puerta y pedí á Dios, de todo corazón, que conservase para siempre en el hijo del colono de mi abuelo el coraje que hacia mí le animaba al despedirse, para que aquella su visita fuera la última que me hiciera.



### PASA-CALLE.

**D**AME tu brazo, lector, ó toma el mío si lo prefieres, y vámonos á matar dos horas que me sobran, brujuleando por las calles de la *Muy Noble, Leal y Decidida* ciudad; que todos estos títulos ostenta en su ejecutoria la perínclita capital de la Montaña, desde don Fernando *el Santo* hasta Echevarría *el faccioso*, ó, si lo quieres más digerible, desde la toma de Sevilla hasta la «*batalla de Vargas*.»—La noche, como de otoño, está serena y apacible; y si bien el gas de los faroles que acaban de encenderse apenas bastaría para hacer visible la oscuridad, como, si mal no recuerdo, dijo en parecido caso, el discretísimo y ameno *Curioso Parlante*, para no darnos de testarazos contra las esquinas tendremos á nuestra disposición los plateados rayos de la luna que, como una enorme

criba roja, llega en este instante, entre nubes de púrpura y naranja, sobre los viejos paredones de la solitaria venta de Pedreña.

Partimos de la calle de la Compañía, que es donde la casualidad nos ha reunido, y cediendo á un impulso natural en todo el que tiene un reló en frente, alzas la vista y la fijas en la transparente esfera iluminada del del Consistorio. Por supuesto que tú sabes que es el Consistorio ese humildísimo edificio, porque yo te lo digo, pues ni de los cuatro arcos sobre que descansan sus dos pisos no muy cumplidos, ni de la *solana* del primero, ni de los cuatro balconcillos del segundo, ni aun de los mismos tres dorados escudos de armas que ostenta la fachada, ni de ser ésta de labrada sillería, se puede deducir tan alta jerarquía, dado el lustre que debemos suponer en un Municipio de una capital de la significación mercantil de Santander. Pero el hecho es que *eso* es el Consistorio, ó el *Principal*, como aquí se dice, y que no hay más en el pueblo para albergue de la *Excma.* Corporación... y de sus beneméritas *gigantillas*.—Se me olvidaba advertirte que para las grandes solemnidades oficiales y para el día del Corpus, hay unas colgaduras de seda con los colores nacionales para cubrir las balaustradas de los balcones, y unas estrellitas y un sol de luces de gas, en-

tre cuyos rayos se exhiben, como si friéndose estuvieran, las cabezas de los Mártires patronos, la nave de mi insigne paisano Bonifaz, el Guadalquivir, la cadena rota por aquélla y la torre del Oro, que son las figuras simbólicas del escudo de armas de esta ciudad. No te advierto, porque ya lo supondrás, que este esplendoroso ornamento no sale más que por la noche, ni que, entonces, colocado en la mencionada solana del primer piso, se llama iluminación.

Algunos rayos de ella nos vendrían bien ahora para examinar las cataduras de la gente que se vislumbra bajo los arcos; pero yo supliré esa falta con mi práctica en el terreno, diciéndote, desde luego, que los que están sentados en los poyos del soportal son señores que han venido á menos, comadres que no se conforman con la sentencia dada contra ellas en otros tantos juicios celebrados arriba por la tarde, y ciudadanos sin profesión ni rentas conocidas, que fumando, tosiendo, suspirando, maldiciendo ó meditando, esperan la hora de ir á acostarse... los que de ellos tienen cama.— Los que peroran y se agitan de pie junto al ángulo que mira á la plaza, ó sea el único ángulo saliente del edificio, pues éste no tiene más que dos fachadas, son jovenzuelos con *tuina* de faldas y mangas cortas, señales evi-

dentés de que se hallan en esa edad en que se muda de voz y se crece á pulgada por día, razón por la que no hay entonces ropa que sienta bien más de media semana. También fuman, y, por el olor, más anís que tabaco. Son humanistas, alumnos del Instituto, y apostaría las orejas á que tienen los bolsillos atestados de tronchos y pelotillas.—¿No lo dije? Ya le arrimaron un tronchazo al pobre aldeano que va hacia la calle del Peso.

Estamos en la Plaza de la Constitución, vulgar *Plaza Vieja*, y notarás que no pasa de ser un trozo de calle un poco más ancha que sus demás contemporáneas de Santander. Sin embargo, cuando yo era niño me parecía incomensurable este espacio. Cuatro casas nuevas, un bazar de modas, un café vistoso, una botica de lujo y algunos otros establecimientos restaurados á la moderna, le han quitado el antiguo carácter que la hacía hasta venerable á los ojos de todo buen santanderino.—Muy pocos años há, en esta tienda de la esquina, donde se vendían estampas del *Hijo Pródigo* y liga de pescar pajaritos, pudiera yo haberte hecho admirar, cuidadosamente trenzada sobre el cuello de su anciano dueño, la única coleta que quedaba en España (sin contar las de los toreros). Un poco más abajo fabricaba, empapelaba y vendía los mejores caramelos de

limón que yo he saboreado, doña Marcelina, más conocida por *la Siete-muelas*, aunque yo hubiera jurado que no tenía una sola. En aquella otra esquina vendía géneros *finos* doña Juana Barco, cuyo lorito, por charlatán, era en Santander tan popular como su tienda. Aquí la clásica librería de don Severo Otero, con su sempiterna tertulia de señores mayores. Enfrente la *Expendición de bulas* y el célebre estanco... y otros muchos establecimientos y tipos acá y allá que vieron pasar años y generaciones sin dar un brochazo de pintura á los marcos de sus puertas, ni hacer la menor alteración en sus hábitos.—Para conmemorar la acción de Vargas en tiempo de la Milicia que feneció el 43, se alzaba en este mismo sitio, en la noche del 3 de Noviembre, un templete de tablas de cabretón, sobre el cual se colocaba una estatua, representando no sé si la Victoria ó la Fama, á la que llamaba el pueblo la *vieja de Vargas*, creyendo á ojos cerrados que aquella era una imagen de la buena mujer que, según pública opinión, *se apareció* á los nacionales que iban á Vargas á batir la facción, indicándoles el punto en que ésta se hallaba, por dónde se la podía atacar, etc., etc... noticias á las cuales, según las mismas fuentes, se debió el éxito de la expedición. Aquella noche, tras un día de revistas, desfiles y gigantillas, había

en torno al templete música y cohetes, ruedas, suspiros, correos, carretillas y cuanto daba de sí el arte pirotécnico, creyéndose en el colmo de la felicidad el que para disfrutar de la fiesta hallaba un hueco en un balcón de las inmediaciones.—*Echar á la plaza, ó ir á la plaza*, se llamaba en las escuelas desafiarse dos ó más muchachos á escribir mejor una plana, y comprometerse á pasar por el fallo que dieran dos señores de los tres á quienes se consultase al medio día entre los que paseaban aquí: si el desafío era entre chicos de dos escuelas rivales, el suceso hacía ruido en el pueblo, y ponía en gravísimo apuro á los jueces, que se palpaban mucho y hasta se asesoraban de los amigos antes de fallar. ¡Vaya si tomaban el lance por todo lo serio! Te diré, para tu satisfacción, que en estas lides en que como competidor entré más de dos veces, jamás gané los dos cuartos que valía la apuesta.—Desde este segundo piso al de la casa de enfrente se ataba, antes de misa de nueve en los días festivos del invierno, una cuerda, de cuyo centro pendía un lienzo de vara en cuadro, anunciando las funciones de tarde y noche en el teatro; pero no con grandes letreros ni finchados elogios, sino con un par de cuadros al temple, en los cuales se representaban, con colores rabiosos, las dos escenas más notables de los dos indispen-

sables dramas. De tarde en tarde se iza hoy también ese cartel, pero rara vez con láminas y nunca con éxito: apenas contemplan la operación de elevarle los transeuntes de Cueto, ni le leen los chicos de la escuela de balde; y no exagero si te digo que antaño aguardaban su exhibición con visible deleite, con íntima satisfacción, hasta los hombres más á la moda, los elegantes que vistieron en Santander los primeros gabanes blancos y calzaron las primeras botas de charol con caña de tafilete encarnado... Pero observo, pacientísimo lector, que me salgo del terreno de nuestro objeto, evocando estas memorias que á tí no te importan un bledo. Perdóname generoso este descuido. Cuando aún cree distinguir mi vista en lontananza los hombres y las cosas que se van, después de haber pasado entre ellos los mejores años de mi vida, no es dado á mi corazón negarles un cariñoso adiós de despedida. ¿Ves estos individuos que con paso igual y mesurado recorren la plaza, de abajo arriba y de arriba abajo, y siempre en una misma línea, como péndolas de reló? Pues me son entrañablemente simpáticos, precisamente por ser lo único que nos resta de la antigua plaza Vieja. Verdad es que parte de ellos no son los mismos hombres de entonces; pero son otros con los propios gustos é idénticas

inclinaciones, y tanto monta. Aquí los hallarás todas las noches hasta las nueve y media, paseando sobre los mismos adoquines ó las mismas losas, sin que se dé el caso de que un aficionado al arroyo se intruse en la acera, ni de que pase á la de la izquierda el que está habituado á la de la derecha. Repara un poco sus trajes, y los hallarás en evidente desacuerdo con la moda actual; y aun acercándonos más, podrías ver sobre las perneras de los pantalones de más de un paseante, no viejo, la marca de la caña de la *media bota* que calzan, en su profundo amor á los usos del 45 é inmediatos.—Y supuesto que esta curiosidad típica es la única que te puedo enseñar aquí, doblemos la esquina y entremos en la calle de San Francisco, que es, salvas las diferencias que supondrás, como si en Madrid te llevara á la Carrera de San Jerónimo, ó en París al boulevard de los Italianos.

Estas seis que vienen, al parecer, mujeres, envueltos sus talles en menguados chales y sus cabezas en flotantes pañuelos de seda cruda, á manera de capucha, son las hembras de dos familias modestas que viven en una misma escalera, y que después de cenar se han reunido para dar el ordinario nocturno paseo callejero que ahora comienzan. Todas las noches que no llueve hacen lo propio. El objeto prin-

cipal de su paseo es examinar, desde afuera, los escaparates de las tiendas: si hallan un género de *imitación* muy barato, no para comprarlo, sino para saber que le hay, *por si acaso*, señalan la noche con piedra blanca; y la señalan con dos piedras si al pasar de tienda á tienda descubren algún gatuperio, notable por los actores, entre la oscuridad de algún portal indiscreto; y, en fin, la marcan con tres piedras si topan una serenata.—A la misma comunión pertenecen estas otras tapadas que se cruzan con ellas, y á la propia las que están detenidas á nuestro lado. De todas ellas y otras semejantes se compone la mayor parte del pacientísimo público que en las noches de baile campestre acude á *olerle* desde los nuevos jardines de la calle de Vargas.—Medio punto más arriba en el pentágono social están colocadas las que vienen por la izquierda; y lo digo porque, en vez del *foulard*, llevan *nube* arrollada á la cabeza, y sobre los hombros una cosa que quiere imitar, en forma y colorido, á los abrigos de las grandes damas... No me engañaban mis presunciones: son *las de doña Calixta*, de quienes en otra ocasión te hablé largamente, y dos de sus amigas íntimas. Por el aire que traen se deja conocer que no van de brujuleo: si hubieran salido con este fin, ya estarían alborotando las tiendas y co-

rillos que dejan atrás; y no yendo de brujuleo, ni habiendo música en la plaza, ni paseo en la Alameda, ni baile de campo, necesariamente van *de reunión*... cursi, por supuesto.— Estas cuatro que cruzan rápidas, envueltas en ricos capuchones, pisando recio, hablando mucho y oliendo á jazmín y á eliótropo, ya pican más alto. Aunque aparentan no cuidarse del vulgo, te advierto que no le pierden de vista y que le conocen muy al pormenor: también se perecen por los descubrimientos del género tenebroso y, sobre todo, por las tiendas; sólo que no se limitan en ellas á contemplar ó á revolver géneros, sino que los compran, ó cuando menos, *comprometen* para comprarlos otro día á la luz del sol. Tampoco desdeñan las serenatas si las hallan al paso. Si esta noche hubiera *recepción* en alguna casa de lustre, no las verías en la calle: si estaban invitadas, porque lo estaban; y si no, por no darlo á entender con su presencia entre los desechados.— Aunque poco práctico en el pueblo, no dejarás de traslucir por la pinta el asunto que ocupa á esta pareja que se acerca á nosotros por la derecha. Ella joven, suelta de movimientos, vestida de percal y sin más adorno ni abrigo en la cabeza que una cabellera negra y abundante, graciosamente peinada; él con la cara oculta entre las alas del sombrero muy caídas y el

cuello del gabán muy levantado; ella hablando recio y él casi por señas... Ya están junto á nosotros, y hasta se les puede oír...

—¡Hijo, lleva usted un paso que... ¡María Santísima! ¡Aparémonos un poco polamor de Dios!

Y pues que se paran, escuchémosles.

—¡Se empeña usted en traerme por lo más concurrido!...

—¡No, que no! ¡Pues podíamos haber ido por los *Perineos*! ¿Le paece?

—Pero sin ir por los Pirineos hay otras calles...

—Lo que usted quiere son tapujos, y causalmente me gusta á mí llevar la cara muy descubierta por todo el pueblo en estos ratos en que deja una la costura y ha ganado con ella muy honradamente su por qué.

—¡Si no es eso, Cipriana!

—Pues en *el Tersicore* bien amartelado se ponía y no tenía á menos el ajuntarse á mí. Bien que sería porque no le vería entonces ninguna señorona de la ristecracia... ¿Es, quizaes, alguna de esas de *marmota* que van por ahí la que le hace encultarse?

—No ha de ser usted pesada, Cipriana... y sigamos andando.

—Te veo, inglés... ¡Cómo no!... ¡Ay, cristiano! ahora que arreglo: mire qué canafeos tan devinos tiene aquí Miguel.

—¿Qué Miguel?

—¡Otra sí qué! ¿qué Miguel ha de ser? Trabanco.

—¡Ah, ya!

—Y deben de ser de última, porque anoche le he visto otros iguales en la comedia á la señora de *Barreduras*, por mal mote, que todo lo trae de Francia... ¡Bien precioso es todo lo que hay en la vidrera! ¿Pues el vidrio? Mayor es que una sábana. ¡Y cómo repompa el gas en todas las alhajas!... Padecen de puro brillante... ¡y como que lo serán!

—Conque ¿seguimos ó no?

—¡Eh, cristiano, no tenga prisa, que no le piden nada de esto! Déjenle á una satisfacer tan siquiera la vista... Mire, ahí va la Gervasia con el hijo de Pelagatos, que es bien riquísimo... ¡Y bien despacio que van! ¿Quiere que les llame?... ¡Ay, qué chico ese! ¡cuánto más parcialote y manejable es que usted!

—¡Para él estaba!

—Ahí va también la Sidora... ¿Sabe quién es el que la acompaña? Pues es un melitar de tropa, abocao á capitán. ¡Y cómo la estima el venturao!

—¿Quiere usted que los sigamos?

—Lo que usted quiere ya lo sé yo... pero por no oírle tan siquiera, ya estamos diendo... ¡Hija, qué hombre!... ¡para la primera le aguardo!

—¿Por qué?

—En *el Tersícore* se lo diré de misas.

Y se van, lector... y nosotros nos iremos también, no detrás de la pareja que ya habrás conocido á tu gusto, sino á continuar nuestras exploraciones calle abajo, supuesto que en este sitio no veríamos ya más que repetidos ejemplares de los modelos que por él has visto pasar.

Esta mocetona en mangas de camisa, con los brazos cruzados sobre el estómago y una herrada sostenida encima de su cabeza por un prodigioso esfuerzo de equilibrio, es una cocinera que viene de la fuente: no tardará en *echar un cantar*... Ahí le tienes, y á toda voz:

«Si quieres que á güena vaiga  
y me güelva la color,  
dame más sastifaciones  
y menos combresación.»

Según canta al uso puro de su pueblo, debe hacer muy pocos días que ha llegado á la ciudad la cantadora. Me fundo en que los cantares de las pejinas, ó de las que quieren aparentar que lo son, tienen otro carácter, así en el tono como en la letra... Y me remito al ejemplo de esta otra fámula del botijo, pelo enmarañado á la moda y chaquetilla encarnada, que también viene cantando. Oigámosla cuando repita. Ahora:

«A los mares profundos  
van mis suspiros,  
sospiritos del alma,  
probes suspiros:  
que un marinero  
con los ojos en glárimas,  
muy retrecheros,  
me dijo un día:  
serenita preciosa,  
tú me dechizas.»

Notarás que su voz, aunque recia, es menos desagradable que la de su colega, su música más melodiosa, y en cuanto á la copla, un tantico más ingeniosa.

Y ya que de música tratamos, no desperdiciemos la que se oye en la inmediata callejuela. Son los trovadores *el ciego* de la bandurria y su mujer, que le acompaña con una guitarra: hay á su lado un mozo chupando un puro, y en la acera de enfrente media docena de curiosos como nosotros. Tenemos que convenir en que el ciego hace primores con su instrumento. Ahora canta á duo con su mujer:

«Asómate á esa ventana,  
asómate á ese balcón,  
Menegilda de mi vida,  
cara de luna y de sol.»

Aquella cabeza que se asoma á aquella ven-

tana que se abre, pertenece á un cuerpo que se muere por el mozo del puro; y si no, mírale cómo le saluda con la mano y se contonea y se sonríe, tan lleno de vanidad como si aquella música y aquellos cantares que ha alquilado por real y medio, fueran legítimos partos de su habilidad y de su ingenio.

¿Riña tenemos también? ¡Bah! no correrá la sangre. Es en la taberna de al lado, entre dos aficionados al aguardiente. Míralos á la luz del velón cómo gesticulan y manotean, al paso que juran y gritan. Óyelos un momento:

—¿A que no me lo vuelves á decir?

—Pus ahora te digo que no sólo en tí, sino que en tu padre y en tu madre y en toa tu perra casta.

—¿Tú?

—¡Yo, yo!

—¡Ni tú ni cuatro mil como tú, lenguatón!

—Te digo que yo, y me sobro pa ello.

—¡Si no ha nació tovía el que sea auto pa tanto!

—Que te digo que yo solo me sobro.

—¿Y serás capaz de sostenerlo?

—Cuando quieras.

—¿A que no me lo dices en la calle?

—¡Por vida de toas mis entrañas!... Vamos á la calle y verás si yo no soy más hombre que el mundo entero ahí y en tous laus.



Ya tenemos la comedia junto á nosotros: verás qué desenlace.

—Ya me lo estás diciendo aquí.

—Pos aquí tarrepito que en tí y en toa tu arrastrá prisapia, ¡baldragazas!

—¡Ajuera too el mundo!... ¡A ver, repite... repite... hombre!

—Que te digo que en tí y en tu padre y en tu madre y en tos tus cinco sentíos.

—¡Tú?

—Yo.

—¡Tú?

—¡Yo, sí, yo! ¿lo quieres más claro?

—Pus ahora lo vamos á ver: ya lo estás haciendo... ¡Vamos!

—¡Hombre!...

—Y mujer... Así se prueban los valientes... ¿A ver cómo lo haces?

—Vamos... no matientes la pacencia, porque si matientas la pacencia, me paece á mí que esa cara recondená...

—¿Qué? vamos á ver... ¿qué harías tú á esta cara que no le debe ná á la del mesmo rey?

—¡Si no juera más que golvértela al revés!

—Cuidiao la mano, mucho cuidiao con ella; porque si matocas ni tan siquiera al pelo de la ropa...

—¿Qué lo carías estonces, eh?... vamos á ver, ¿carías?

—¿Qué lo caría? ¡Ajuera too el mundo! ¿Qué lo caría? ¡Pus atoca y verás!

—Pus prevócame tú.

—Que matoques te digo.

—Que te digo que me prevoques.

—¡A ver si matocas!

—¡A ver si me prevocas tú!

—¡A ver, hombre!

—¡Vamos á ver!

En vista de lo visto, podemos retirarnos nosotros en la ciega confianza de que el asunto no pasará á vías de hecho; y sírvate de gobierno que si en este pueblo se cumpliera todo lo que se promete en el capítulo de amenazas, apenas quedarían hoy en pie los gigantes chopos de la Alameda y la casa del *Pasiego*. Conste así en honra y prez de mis pacíficos paisanos, por más que sean disputadores incansables. De mil pendencias entre ellos, en noventa sueñan bofetadas y en diez sale la navaja á relucir. De éstas, en cinco se envaina el arma sin haberla usado; en cuatro se hace sangre con ella, y en una se hiere de gravedad; y cuando el juzgado se presenta á recoger lo que queda sobre el campo, resulta casi siempre que el agresor es forastero. No podrás negarme que esta estadística es consoladora, si se compara con las de otras provincias en que, sin duda porque se vocea menos, se desbarri-

gan los hombres por un quítame esas pajas.

Y andando, andando, hemos venido á dar enfrente de la cuesta de Garmendia, ó del Cordelero. Tomémosla á pechos. Ciertamente que nuestros abuelos debían tenerlos muy robustos, ó estaban muy atrasados en materia de rasantes, cuando convertían en calle un precipicio como éste, sin más preparativos que construir en él dos filas de casas y cubrir el suelo con una capa de morrillos desiguales.—Tápate ahora las orejas, porque estas mujeres que bajan la cuesta braceando y cerniendo las faldas con el exagerado contoneo de sus caderas, van á echar un cantar, ó faltarán á la costumbre, y tú no debes oírle: ahí le tienes. Me alegro que hayas sido sordo por este instante, pues si la música de la canción te hubiera sacado chispas de los oídos, la moral de la copla te hubiera achicharrado la vergüenza... Y repara qué bien fructifica lo malo cuando se siembra á tiempo, en este rapaz que apenas tendrá siete años; ¿á que no me dejaba á mí publicar, sin correctivo, el Código penal, y haría bien, la copla que él ha entonado á toda voz impunemente? Y eso que yo no ofendería más que á algunos cuantos lectores, al paso que los nocturnos cantares callejeros escandalizan á todo un pueblo.—Hemos llegado á la cúspide: descansemos un instante, y en el inte-

rin, mira qué buen efecto hacen allá abajo las luces de la calle del Correo, y enfrente, en lontananza, la negra línea de árboles del paseo del Alta.

Este edificio oscuro, jiboso y carcomido que hallamos al doblar la esquina, es la cárcel: nada tengo que decirte de ella, porque eres hombre honrado; sin embargo, apostaríá una oreja á que te infunde á tí más horror que á los reos que la habitan ó á los pícaros que la merecen. Verdad es que sin éste, al parecer contrasentido, no habría delitos sobre la tierra; y el ser en ella hombres de bien, como tú y yo, no tendría mérito alguno.

Ni el hospital, ni el cementerio, á los cuales nos conduciría esta calzada de la derecha, tendrán á la hora presente el menor atractivo para nuestra curiosidad, que seguramente no va buscando ayes de agonía ni blandones funerarios. Echemos por la izquierda, y cátanos de patitas en la calle Alta, venerable resto de la primitiva Santander; desvencijado, vacilante y hediondo albergue de los mareantes del *Cabildo de Arriba*, sempiterno rival del *Cabildo de Abajo*, ó sea de los mareantes de la calle de la Mar.

La ebullición civilizadora del centro ha lanzado hasta aquí algunas lavas que á duras penas han logrado ingerirse y arraigarse, en for-

ma de casas nuevas, entre este laberinto de balcones ruinosos, de aleros retorcidos, de jarcia, de aparejos y de pestilentes residuos de *parrocha*. Para que te formes una idea de cómo se vive en estos carcomidos palomares, puedes asomarte á la puerta de uno de ellos. Ese grupo que ves en el fondo, especie de caverna alumbrada por mortecino candil, es una familia que se dispone á descansar de las rudas faenas de todo el día, quizá sobre el duro suelo del miserable recinto, ó, á todo tirar, sobre una semi-desnuda cama el matrimonio, y sobre un montón de redes los demás. Por esta derrugada escalera se sube al primer piso, en el cual vivirán por lo menos dos familias, y continuará la escalera hasta el segundo, y allí se cobijarán sabe Dios cuántos individuos; y se ramificará hacia arriba y hacia la derecha y hacia la izquierda, y en todos los pisos hasta el quinto, y en todos los cabretes y rincones, y en las buhardillas y hasta en los balcones, habitarán pescadores oprimidos, sin luz, sin aire... y sin penas, felizmente, pues á tenerlas, producidas por la idea de su condición, no las sufrieran vivos muchas horas.

Y en prueba de que en este barrio no padece el ánimo gran cosa, repara con atención el cuadro que presenta la calle, la bulla que en él reina. En aquel portal cantan dos sardine-

ras; canta en el balcón de allá un pescador; canta también en el de al lado un muchachuelo; conversa alegremente una familia desde aquella buhardilla con la que vive en la de enfrente; y aunque riñen acá dos mocetonas y se arañan otras tres en medio del arroyo, y en la taberna disputan dos pescadores, y gime un rapaz en esta bodega, ni la riña, ni los arañazos, ni los juramentos, ni los gemidos, reconocen por causa la menor pena: para reñir, arañarse y llorar en estos sitios, basta un poco de terquedad contrariada y sobra un exceso de alegría. Dentro de una hora quedará todo esto en silencio; á las tres de la mañana recorrerá la calle el avisador gritando: «¡*japuya!*» y se levantarán los pescadores y se harán á la mar sobre sus lanchas, á robarle, con frecuente riesgo de sus vidas, el sabroso pez que tú puedes comer al medio día, y que, de fijo, comerás, sin parar mientes en los ímprobos trabajos que ha costado llevarle hasta la plaza donde tu cocinera le adquiere regateándole cuarto á cuarto.—Y así todo el año, excepto tres días, desde la víspera de San Pedro, patrono del Cabildo, hasta el subsiguiente inclusive. Entonces se alquila el tamborilero de la ciudad, se lanza todo el barrio á la calle, corre por ella el vino, entóldanla gallardetes y banderas, se encienden hogueras por la noche, tiembla el suelo